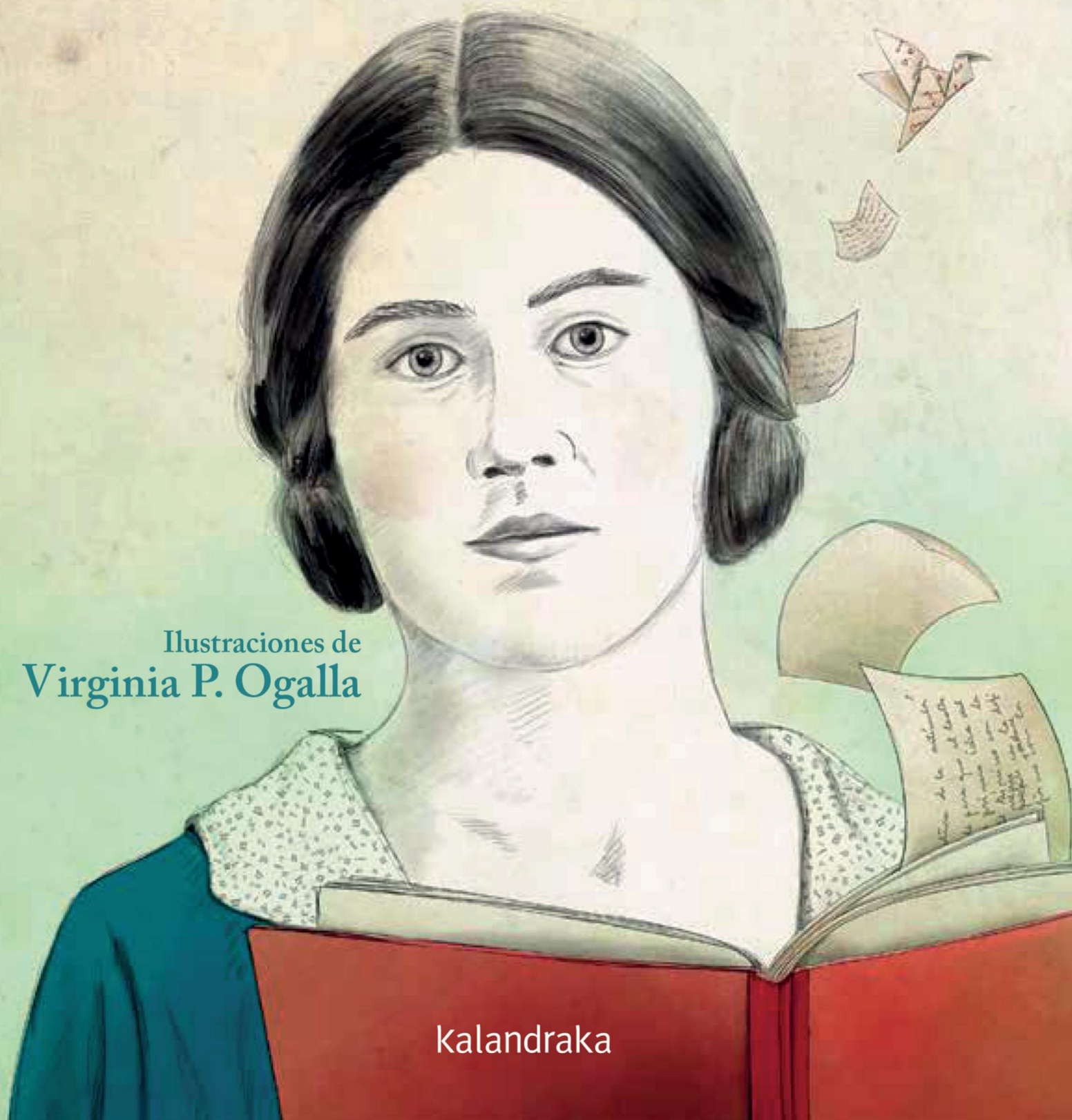


Alejandro Pedregosa

LA CUIDADORA DE PALABRAS

Vida de María Moliner

Ilustraciones de
Virginia P. Ogalla



kalandraka



Ocurrió en Valencia en 1938. La Guerra Civil se dejaba sentir en toda su crudeza. Los víveres escaseaban y la gente se agolpaba a la puerta de las tiendas en espera de unos alimentos que no siempre llegaban. La mujer del jersey verde era una más entre la multitud. Observó la tensión en las colas, el nerviosismo, las discusiones y comprendió que tenía que hacer algo. Por la noche, en casa, la mujer del jersey verde recortó centenares de papelitos en los que fue escribiendo números: 1, 2, 3..., 57..., 204, 205... A la mañana siguiente, repartió los papelitos entre la gente y el caos se convirtió en orden. Las personas que tenían los números más altos –los últimos de la fila– podían marcharse a sus quehaceres sin miedo a perder el turno. Regresaban dos o tres horas más tarde y sabían el lugar exacto que les correspondía.

Se terminaron las protestas, las discusiones y, sobre todo, perder la mañana en balde.

La mujer del jersey verde se llamaba María Moliner y, años después, tuvo otra idea brillante. Una mañana de primavera volcó sobre la mesa del comedor todas las palabras de la lengua española. Las puso en fila india y empezó a observarlas una a una. Las encontró pobres y desanimadas, igual que aquellas mujeres de Valencia que esperaban frente a las tiendas vacías. Se impuso entonces un reto: limpiar la lengua española. Sobre la mesa del comedor, una a una, fue tomando las palabras y lentamente, con delicadeza, les fue quitando el polvo de los pliegues, el barro de las suelas, el óxido del eje. Tardó dieciséis años, pero dejó la lengua como los chorros del oro.



Al terminar, observó su obra y quedó impresionada. Ella sola había inventado lo nunca visto: un diccionario vivo, un diccionario que hablaba y enseñaba a hablar.

Para entonces, María Moliner tenía sesenta y seis años, cuatro hijos, varios nietos y había cambiado el jersey verde por una rebeca gris.



Amamantar

Dar de mamar a las crías. Criar, lactar.

Se usa también figuradamente: «La universidad no se hizo para amamantar fanáticos».



En Aragón, al sur de Zaragoza, hay un pueblo llamado Paniza. Por sus calles y sus campos corre a menudo un viento seco que da carácter a las personas y al vino del lugar. En una casa modesta de Paniza vive Silvestra. Es ama de cría; su trabajo consiste en alimentar con la leche de sus pechos a los recién nacidos que dejan a su cargo. Se trata de un oficio bastante común en la época. Muchas familias acomodadas entregan a sus bebés a amas de cría para sortear ese primer tiempo de lactancia.

A Silvestra le gusta sentarse junto a la ventana para dar el pecho. Le gusta que la luz inunde el rostro sonrosado de los mamoncillos. La niña que tiene entre los brazos está inquieta. Calza patucos blancos de lana que mueve arriba y abajo para reclamar su comida.

La niña ha nacido hace pocas semanas: el 30 de marzo de 1900. En el Registro, la han inscrito con el nombre de María Juana Moliner Ruiz. Su padre es Enrique Moliner, médico y hombre de ideas liberales. Su madre, Matilde Ruiz, tiene una salud delicada que le impide, de momento, hacerse cargo de la crianza. María es glotona y, solo cuando se siente realmente satisfecha, deja de agitar los patucos blancos. Silvestra la tumba entonces sobre una cuna sencilla de madera y la mece mientras se duerme.

Así será hasta que la niña cumpla dos años. María Moliner, sin darse cuenta, habrá vivido su primer exilio interior y, de paso, habrá aprendido una lección importantísima: la vida es complicada; hay que mover mucho los pies –arriba y abajo– para ganarse el alimento.



ISBN 978-84-1343-208-3



9 788413 432083

www.kalandraka.com